

Aquel Bacatete donde... yo me pronuncié¹

Raquel Padilla Ramos*

Resumen

A partir de testimonios orales de yaquis se hace un recorrido por la historia de la guerra y la deportación yaquis, vividas a finales del siglo xix y principios del xx. La información recopilada, después es analizada bajo la propuesta de Cornelius Castoriadis, para situar la guerra y la Sierra del Bacatete (refugio de los yaquis) en la teoría de los imaginarios sociales.

Palabras clave: Yaquis, guerra, revolución, deportación, Bacatete.

Abstract

This article examines the history of the Yaqui people in the late 19th and early 20th centuries: stories of war and deportation rescued by oral testimonies, compiled by the author. The information collected is then analyzed under Cornelius Castoriadis' proposal, to place the war and the Sierra del Bacatete (refuge of the Yaquis) in the theory of Social Imaginary.

Key words: Yaquis, war, revolution, deportation, Bacatete.

¹ La letra de la canción "Sonora querida" dice en uno de sus versos "Aquel Bacatete donde el diecisiete yo me pronuncié". Probablemente se refiere a la masacre de 60 yaquis por un destacamento militar en 1917. Algunos indígenas fueron hechos prisioneros de guerra y deportados.

Esta ponencia fue presentada en el Simposio de la Sociedad Sonorense de Historia, A.C., en Hermosillo, Sonora, en octubre de 2010.

* Centro INAH Sonora

Introducción

La coincidencia temporal de un movimiento indígena como lo fue la guerra del Yaqui con la Revolución Mexicana, y cómo estas nociones —guerra y revolución— se han imbricado en el imaginario social de los yaquis, es el tema de este artículo. Las fuentes que emplearé son bibliográficas y orales, pero serán sobre todo estas últimas, las transmitidas mediante la palabra hablada, las que me permitirán acercarme a las significaciones de los yaquis respecto a la Guerra y la Revolución.

Para internarnos en estos tópicos, es importante recordar que desde fines del siglo XIX los yaquis sostenían una guerra contra el gobierno federal por la defensa de su Tierra y Autonomía (escritas aquí con mayúsculas para dar a entender la relevancia que tienen para la etnia). La presencia de militares en territorio yaqui y allende sus fronteras era común y los enfrentamientos bélicos fueron transformándose de batallas frontales en guerra de guerrillas y finalmente saqueo, merodeo y pillaje, por parte de los indígenas; y guerra de exterminio y deportación, por parte del gobierno (Padilla Ramos, 2002).

La sierra en la guerra o la guerra en la sierra

Don Wenceslao es un *yo'eme*² de edad avanzada que en su infancia fue deportado a México y fue hecho, dijo él, soldado a fuerzas. Gran parte de lo que aquí presento está basado en una larga conversación sostenida entre él y la suscrita, en la que habló de las condiciones de inseguridad familiar que vivió por la guerra y la forma como pudo regresar al estado de Sonora. Este testimonio fue obtenido en contexto familiar, ya que Wenceslao estaba acompañado de su esposa, hija, nieta y hasta bisnieto, un bebé de meses, en la primavera de 2006.

En ese entonces, Don Wenceslao tenía 88 años, de los cuales casi la mitad los vivió en la guerra desde diferentes facetas, primero como víctima de una guerra de exterminio, y después como soldado. Wenceslao lo relata así:

y pues ahí hubo el último movimiento en 1925-26, en ese entonces les decían “pelones” y de ahí nos hicieron pasar a la Sierra en otro movimiento que hubo y aquí estabas en unos hoyos que hicimos ahí por toda la Sierra, para esconderse y ahí mi amá y mi jefe hicieron un hoyo largo para que cupiéramos todos... éramos mi amá y yo

² Voz que emplean los yaquis para referirse a sí mismos, significa “gente”.

nomás, porque mi jefe se iba con los hombres, estaban de aquel lado de la Sierra, pero como los pelones llegaron y... como eran muchos y ahí estábamos pues viendo pasar toda la gente, pa' arriba pa' abajo.³

Solo en este párrafo, la sierra es mencionada tres veces, pero... ¿A qué sierra se refiere Wenceslao? ¿Por qué ha cobrado tanta importancia para los yaquis? Es conocida como sierra del Bacatete y ocupó el interés de militares y políticos durante la época porfirista y revolucionaria, pues era el refugio natural de los yaquis en guerra. Para estos, era tierra sagrada, morada de sus héroes y proveedora de alimentos en tiempos de crisis. En primera instancia, es por eso que en las narrativas yaquis aparece con frecuencia (Padilla Ramos, 2018).

Las lomas, cuevas, vegetación y recovecos en el Bacatete eran escondites habituales, pero cuando se podía, los yaquis alzados cavaban los agujeros a los que hace alusión Wenceslao. Estos hoyos también fueron referidos en 1902 por el médico militar Manuel Balbás, quien participó en la guerra del Yaqui; eran conocidos por el ejército como 'loberas'. Los yaquis las hacían y usaban para esconderse en grupos pequeños (Balbás, 1985).

Pero la sierra era más que una guarida, la sierra era la guerra, y la guerra era la revolución, como veremos más adelante. El Bacatete está lleno de vida y de misterios. Los yaquis que allí han pernoctado, cuentan que se escuchan los pasos del ejército, yaquis en huida, alaridos y lamentos de las viudas de guerra. Juliana, una joven madre yaqui originaria de Loma de Bácum, me comentó que ella sabe que pasar la noche en la Sierra puede ser aterrador pues se escuchan las "estampidas de los yaquis en huida, gritos y llantos. Se oye la guerra."⁴ La sierra del Bacatete es un espacio venerado, temido y respetado, donde de noche las estrellas se ven tan cerca —me dijo un yaqui— que casi se pueden tocar.

Una larga historia

Al llegar a casa de Wenceslao, ubicada en el pueblo de Tórim, nos atendieron primeramente su esposa Silvana y su hija Gabriela, que en ese momento se dedicaban a la costura. Hablamos sobre la guerra y la deportación, y me dijeron:

Se llevaron a mi papá (o sea don Wenceslao) y luego mis dos nanas, ya se murieron. Mi papá vive todavía, me parece que tiene 87. Se lo

³ Wenceslao L., comunicación personal, 2006.

⁴ Juliana, conversación personal, 2006.

llevaron de niño hasta por allá al último estado, creo Yucatán. Pos él nos platica que se lo llevaron de niño con su mamá y su papá y sus dos hermanitas, que se murieron allá. Él cuenta que los agarraron en la Sierra y se los llevaron a pie a Orizaba.⁵

Me sugirieron entonces que hablara con Wenceslao. Cuando el abuelo llegó, las mujeres le dijeron en su lengua sobre mi investigación y contestó en español: 'Ah, ¿la Historia?... está muy larga... [risas de todos]. Ahorita vengo'.

Entonces comentamos que iba a prepararse. Y es que el señor tenía que disponerse para recordar, para traer a la memoria el dolor de la guerra, los sinsabores de la captura, y lo excitante de la deportación a través de la leva. Mientras tanto, Gabriela ampliaba su información diciéndome que ella sabía que a los yaquis los echaban al mar envueltos en una lona.

El trabajo en la guerra estaba muy diferenciado por sexo. Mientras que los hombres se enfrentaban con armas al ejército, las mujeres cuidaban a los niños, acopiaban armas y víveres de los enemigos caídos y reformaban cartuchos (Padilla Ramos, 1999 y Jaime León, 1998). En el exilio para trabajos forzados o para la leva, las mujeres también hicieron las veces de cocineras para las masas yaquis. En el tiempo que anduvieron en la Sierra, a don Wenceslao lo cuidaba su "amá". Juntos tuvieron que evadir las pedradas que les aventaban los soldados que, a decir de Wenceslao, las tiraban para acabar con ellos, cosa que no lograron. Era común que a las mujeres yaquis con críos y sin compañero, las separaran del grupo y les asignaran un hombre que las cuidara. Ellas tenían que ingeniárselas para sobrevivir y proteger a sus hijos. Tal parece que así sucedió con Wenceslao y su madre.

No pudieron huir mucho tiempo. En una revisión del terreno y el cerro en el que se escondían, la señora fue capturada con sus dos hijos y los trasladaron, junto con otras familias, a Torocopobampo. A lo largo de la conversación, Wenceslao aludió a todos los lugares en los que se movilizó desde su nacimiento, por causa de la guerra y de la leva: Ráhum, Pótam, sierra del Bacatete, Torocopobampo, Bácum, Toluca, Xochimilco, Perote, Veracruz, Tabasco, Vícam, Tomóchic, Tórim y Guaymas. Los primeros tres puntos los visitó mientras huía con otros yaquis; los siguientes, en calidad de soldado.

Después de ser capturados, los Leyva fueron puestos en el tren que los llevó al Sur y

⁵ Silvana y Gabriela, conversación personal, 2006.

de **ahí** nos trasladaron a Toluca, **ahí** permanecimos como cerca de una semana y nos metieron en... quien sabe que sería como fábrica porque había unos tanques de chapopote grande y de **ahí** nos sacaron para Xochimilco. **Ahí** nos metieron en un templo, una iglesia que está **ahí**, con patio grande, **ahí** nos metieron a todas las familias.⁶

La abundancia de los “ahís” sirvió a mi entrevistado para poner mayor peso a su testimonio, dando a entender que él estuvo en el lugar de los hechos. Y en ese lugar por cierto, en el convento de Xochimilco que era un monumento colonial de la orden franciscana y dedicado a San Bernardino de Siena, fueron confinadas las mujeres y los niños. Es posible que de ahí provenga la femenina creencia que a todos los hombres los mataron, asunto que me indicaron tres de mis colaboradoras.

Doña Candita, por ejemplo, es una mujer de unos 75 años, a la que entrevisté también en la primavera del 2006, en preparativos para el Lunes del Cristo en Semana Santa. En esa ocasión había *yo’emes* recostados en el suelo, esperando que el tiempo yaqui⁷ diera la señal de empezar el ritual; otros estaban levantando una ramada. Candita estaba acompañada por Ignacia, la cual nació en 1937. Ambas estaban sentadas, yo de pie. Les dije que me interesaba conocer sobre la historia de sus abuelos, sus padres, de los yaquis que se llevaron para otros lados. Ellas estuvieron de acuerdo. Candita sonreía mucho, se carcajeaba, pero siempre se tapaba la boca con su rebozo. Ignacia fue más mesurada y no habló.

Además de narrar generalidades sobre la deportación de su mamá, Candita me comentaba que: “Eran muchos a los que agarraron y se llevaron, hombres no agarraron, puras mujeres. A los hombres los mataban...”⁸ repitiendo con ello como dogma, la creencia de que el ejército mataba a los hombres y sólo deportaba a las mujeres, aun cuando después expresan enunciados que contradicen esta especie. Por cierto, la entrevistada recordó a alguien de Tórim que tenía fotos y cartas del exilio. Quedamos de vernos el miércoles siguiente, pero no acudió a la cita.

⁶ Wenceslao L., conversación personal, marzo 2006.

⁷ La forma de vivir o concebir el tiempo entre los yaquis es distinta a la nuestra. Los rituales de las fiestas religiosas, por ejemplo, a diferencia del mundo católico en que las misas y ceremonias comienzan a una hora determinada, entre los yaquis no tienen horario específico. Un golpe de tambor puede dar la señal de inicio, pero quien lo toca no está sujeto a las manecillas de un reloj. Para los *yoris* impacientes, puede ser difícil esperar el transcurso del “tiempo yaqui”.

⁸ Candita, conversación personal, 2006.

Lucina R., con quien conversé en noviembre de 2004 en el pueblo de Pótam, aunque ella es originaria de Vícam, relató también que los hombres:

Estaban huyendo, los andaban correteando los soldados. ¡Los mataban! Así a niños, a hombres los mataban, los colgaban, los militares pues... el gobierno, el mal gobierno. Y los niños que los escondían para que no se los mataran, las mamás parece que los vestían de niñas y así los sacaron, y a otras no, los mataron.⁹

Cuando hablamos de la deportación de los yaquis, estamos hablando de varios tiempos, pues fue una política que se siguió en oleadas distintas y aun con diferentes gobiernos: el porfiriano y el revolucionario, y hasta dentro del revolucionario, con distintos matices según cada presidente. Bajo el porfiriato, se procuró más bien la deportación como política de exterminio, mientras que en la revolución, si bien el ejército federal se ensañaba con los hombres, no podía acabar con ellos porque eran un magnífico botín de guerra, en virtud de que se les incorporaba coercitivamente a las tropas revolucionarias. Sin embargo, la medida del exterminio no se abandonó del todo durante la revolución.

En Xochimilco, Wenceslao volvió a ver a su padre y notó que andaba armado. Los tenían encerrados en ese lugar que él veía como fábrica, con guardias en la puerta. No dejaban salir a nadie. Posteriormente fueron llevados a Perote, Veracruz; ahí los encerraron en una 'fortaleza', la cual a decir de Wenceslao, más bien pudo ser una prisión. Se trata de la fortaleza de San Carlos también conocida como el castillo de Perote, una edificación militar del siglo XVIII. "Ahí nos metieron en una fortaleza, yo creo que era prisión... porque tenía [inaudible] en la entrada. Había un patio y alrededor había como una calle y había un túnel hasta salir a las vías del ferrocarril."¹⁰

Cuando fueron trasladados a Veracruz, el pequeño Wenceslao conoció a Ignacio Mori. Fue testigo, me dijo, de cómo este general yaqui se prestó para convencer a sus congéneres de que usaran uniformes militares, y observó también que los veracruzanos temían a los yaquis "porque decían que comíamos gente". Esto lo pudo notar gracias a que, por su condición de niño, le era permitido salir de la prisión para comprar pan.

Cuando Wenceslao dejó de ser un mozalbete, lo enlistaron en el ejército. Lola, su nieta, se incorporó a la charla para comentar que su tata la había pasado muy mal de niño, que vendía los

⁹ Lucina R., conversación personal, 2004.

¹⁰ Wenceslao L., conversación personal, 2006.

tamales que hacían las mujeres, hasta que un día lo agarraron en la calle (en Veracruz), y con el pretexto de que andaba de vago, lo hicieron soldado. De esta manera, pudo recorrer otros puntos de la República como Tabasco y Chiapas, sitios a los que acudieron a “guardar el orden”. En su poder obran fotografías de algunos de sus periplos militares, como las que acompañan esta exposición; algunas le fueron tomadas con compañeros de tropa en la zona arqueológica de Palenque, Chiapas, en 1941. También me mostró una de soldaderas yaquis.

Parece ser que la venta de alimentos por parte de las mujeres yaquis en el exilio era una situación común y cotidiana. Doña Candita, la señora de Tajimaroa a quien entrevisté en Cócorit, me decía que su mamá le contó que en Toluca, “vendían, que hacían tortillas para vender a los soldados. Luego le dieron permiso y se vinieron. Su mamá [o sea su abuela] nomás se quedó porque un soldado le dijo que se iba a casar con ella. Era guacho”.¹¹

La vida en los cuarteles podía ser atractiva; por ejemplo en Yucatán, a los yaquis los traían dando vítores a Madero y Pino Suárez, de la Ceca a la Meca, en el batallón Cepeda Peraza. Los movían entre los cuarteles de San Sebastián y la ex ciudadela y en cada movimiento las mujeres los seguían y se ayudaban con la venta de comida. Por esa razón, los yaquis protestaron cuando a las “pobres mujeres que se buscan la vida vendiendo golosinas á los soldados del batallón ‘Cepeda Peraza’ se les cobrará 25 centavos por persona cuando suban por ventas á la exciudadela”, consignaba una nota de reconocido periódico yucateco.¹² Aquí bien cabe el dicho “Como Santo Tomás, al fregado fregarlo más”. El cobro de esos centavos, no obstante, podría interpretarse como una especie de “mordida” o recaudo que hacían los mandos medios de la milicia para dejar entrar a las mujeres, no precisamente para la venta de alimentos.

El retorno de don Wenceslao a tierras yaquis fue en 1939. El 6º batallón de Veracruz, al que pertenecía, conformado todo por yaquis, fue enviado a BÁCUM. Después pasó a ser el 51 y, finalmente, lo “degradaron” a 2º batallón. El general Félix González lo comandaba. Obligada pregunta era si González pertenecía a la etnia yaqui; la respuesta fue negativa, pero poco después se contradijo cuando salió a relucir que al General lo asesinaron en 1942 porque era “de la tribu”. Don Wenceslao sospechaba que su muerte se debió a que su mujer estaba “muy bonita, grandota la señora”.

¹¹ Por guacho se refiere a alguien que proviene del centro o sur de México, particularmente a los soldados.

¹² El Ciudadano, 1911.

A la muerte de González, comandó el batallón el general mayo Miguel Guerrero Verduzco, quien antes pertenecía al 18º regimiento. Bajo su mando, a Wenceslao le tocó cubrir el campamento de Vícam y ahí permaneció hasta los 40 años, cuando se pensionó en 1959 con grado de cabo, pensión de la cual gozó hasta el día de su muerte en el año 2009. Silvana, su esposa, aprovechó el momento para comentar que ella no entiende “eso de la pensión”, pero como don Wenceslao parecía emocionado al narrar sus vivencias en el ejército, no prestó mucha atención. Su semblante pronto transitó de la excitación a la tristeza cuando le pregunté qué había pasado con su familia:

Quando nos agarraron en la Sierra todavía vivía mi mamá, ya se disgustaron con mi jefe y se apartaron pues, mi mamá, mi apá no, no tenía por qué disgustarse. No sé porque se enojó mi jefa y nos dejó y se fue con otro. Yo me quedé con mi jefe, él en 1937 era dado de baja para acá y ya llegó con su familia, con sus parientes en Pótam y entonces ya se juntó con otra señora, pues ya falleció ella y ya después él, no hace mucho, tiene tres años.¹³

De su madre, Wenceslao ya no supo, más que se radicó en Pótam después de su retorno. Su hermana Gregoria, que también había sido deportada junto con ellos, falleció a los diez años en Perote. Presentaba mucha hemorragia nasal. Las historias personales son siempre la parte más sensible de los relatos de guerra. Don Wenceslao no fue el único entrevistado que reflejó un cambio de voz cuando pasó de la narración de los movimientos de tropa —que eran contados casi como aventura—, a la desintegración de la familia.

A lo largo de su narrativa, Wenceslao hablaba de las deportaciones y traslados en términos de “remesas”, repitiendo la misma terminología de los documentos oficiales. Y sobre lo que él consideraba la “primera remesa”, es decir, la que fue a Yucatán, dijo no saber nada, excepto que también los hicieron soldados y que sirvieron a la nación. Reconocía también que algunos no regresaron.

Las fotografías del exilio que conserva la familia de Wenceslao, son guardadas con mucho celo y cuidado. Algunas de ellas tienen leyendas o dedicatorias como “Señora María Luz, aquí te envío mi retrato con mi esposa Enriqueta Flores. Sin más, José María Espinoza.” Lola me hizo ver que Espinoza era tío de su nana, hermano de su tío Octaviano, quien fue algunos años gobernador

¹³ Wenceslao L., comunicación personal, 2006.

de Tórim hasta su muerte en el año 2008. También a José María lo habían deportado.

Cuando ya me despedía, don Wenceslao me mostró orgullosamente su credencial del ejército, que rezaba: “Instituto de Seguridad Social para las Fuerzas Armadas Mexicanas, tarjeta de filiación. Cabo de Infantería: Wenceslao Leyva Valencia. Exp. 102806.” Aparece la firma y sus huellas digitales del pulgar derecho y del pulgar izquierdo. En abril de 2007 volví al Yaqui en visita breve y me enteré mediante una promotora cultural *yo’eme* que don Wenceslao estaba grave por una embolia, y en estancia posterior supe por su nieta que había fallecido.

En la sierra se iba a acabar el mundo

Doña Herminia era una anciana de casi 100 años cuando la entrevistamos la historiadora Ana Luz Ramírez y la suscrita en marzo de 2004. La señora hablaba poco español, así que nos acompañó en todo momento su nieta Rosa. Además, por su edad doña Herminia tenía la audición limitada, por lo que hubo que repetir varias veces la misma pregunta. Hasta donde nos informó Rosa, a doña Herminia la habían querido entrevistar otras personas, de la televisión incluso, pero ella se había negado. Por alguna razón concedió a nosotras ese privilegio.

Doña Herminia se incorporó en su catre para charlar con nosotras, pero después se cansó y se recostó otra vez. Llevaba un paliacate atado a la cabeza, como las yaquis antiguas, y una enagua larga. Pertenece a los yaquis de la vieja tradición, por lo que era muy respetada. Desafortunadamente, murió un año después de la entrevista, cuando casi cumplía el centenario.

Como sucede con muchos ancianos miembros de comunidades indígenas, doña Herminia no poseía papeles que acreditaran su edad, aunque ella recordaba que su papá tenía un “escrito” en el que decía que nació el martes 7 de julio de 1905 (huelga aclarar que el 7 de julio de 1905 fue viernes). Su padre se llamaba Rosalino Choqui, que traducido al español quiere decir estrella. Es por eso que a mi colaboradora se le conocía también en el Yaqui como Herminia Estrella. Debemos tomar en cuenta que no era raro que los *yo’eme* castellanizaran sus apellidos en tiempos de persecución, para evitar la captura y deportación.

Preguntamos a doña Herminia directamente si ella “anduvo en la revolución”. No comprendió la pregunta, de manera que Rosa le tradujo a lengua yaqui, pero dejó intacta la palabra revolución. Su respuesta fue: “Aaahh, pues sí, sí, sí anduve en la

sierra, pero sin conocer el proceso (¿?), pero lo primero que yo había ido... que si anduve por... [risas] anduve, pero no, no sé como se llaman los puntos".¹⁴

Cabe destacar aquí dos cosas. La primera es cómo de Rosa a Herminia se extrapola la revolución por las andanzas en la Sierra; estoy cierta que no fue un problema de traducción. Esto refleja en primera instancia que revolución-guerra-Sierra es como un trinomio indisoluble en el imaginario social yaqui. Así quedó plasmado en boca de Lucina, quien hablando sobre la guerra y la deportación, dijo: "Mi papá también platicaba de un niño dice que él se acuerda, que él también **anduvo en la Sierra...** Mi mamá, mi papá **anduvieron ahí en la Sierra**".

Más expresamente lo señaló don Lorenzo: "Nuestros padres no son de allá, son de aquí. Mi apá me platicaba que **ellos anduvieron en la revolución, en la sierra**".¹⁵

También tuve la oportunidad de charlar con una *yo'eme* octogenaria, doña Martina Tadeo, quien hablando de cómo la guerra (se refería a la guerra del Yaqui) modificó el patrón de asentamiento de sus pueblos, volvió sinónimas los vocablos guerra (del Yaqui) y revolución: "Porque hubo mucha revolución aquí contra los yaquis, a todos los yaquis se los llevó el gobierno para México y fueron y pelearon por todos los estados al interior, como soldados... Dejaban los pueblos casi solos. Entonces se quedó solo aquel pueblo, a todos los hombres se los llevaron al interior para México."¹⁶

El Bacatete como refugio

Según el programa de Regiones Terrestres Prioritarias de México que elaboró la Conabio (Comisión Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad), la sierra del Bacatete tiene una superficie de 1,133 km², y las siguientes características generales:

Región que corresponde a un macizo montañoso de origen ígneo extrusivo, en el cual existen pinturas rupestres. En función a la presencia de oasis con plantas y animales de origen neotropical, fue definida como región prioritaria. Comprende dos cuerpos topográficos, el septentrional con predominio de matorral subtropical y el meridional con matorral sarcocaulé, aunque lo accidentado de la topografía favorece condiciones microambientales

¹⁴ Herminia Choqui, conversación personal, 2004.

¹⁵ Lorenzo M., conversación personal, 2006.

¹⁶ Martina T., conversación personal, 2006.

particulares con profundos cañones con agua permanente y muchos elementos tropicales, incluyendo pequeños manchones de selva baja. Se tiene reportada la presencia de grandes depredadores como puma y jaguar.¹⁷

Esta biodiversidad fue la que hizo del Bacatete un sitio de refugio en la guerra. Es por eso que la Sierra despierta sentimientos de amor y respeto, y es un poderoso vínculo con el pasado y los ancestros. La relación con la naturaleza, con el *huya ania*, es decir el mundo del monte, es la que mueve a los yaquis de hoy día a visitar la intimidante sierra del Bacatete, lugar donde confluyen espacios sagrados y profanos, sitio preferido de los yaquis en huida y fosa común involuntaria. En la Sierra existe un cementerio de héroes yaquis caídos en la guerra; hoy en día resulta bastante complicado para los yaquis –y para cualquiera– acceder a este lugar.

Los vehículos no entran con facilidad y sólo se puede llegar al Bacatete en camionetas doble tracción o caballos; sin embargo, no es infrecuente ver a yaquis en grupo visitando las tumbas de la Sierra, llevando veladoras y flores a los ancestros (algunos reconocidos como parientes cercanos, como tíos, padres o abuelos). El sitio de enterramiento se vuelve a sacralizar con la visita de danzantes matachines y ceremonias en honor a los caídos en la guerra.

El uso del Bacatete como guarida queda plasmado en el testimonio de doña Herminia. No es paradójico que el discurso de guerra sea muy rico en metáforas. Estas, a diferencia de los eufemismos que sirven para maquillar lo que no se puede decir abiertamente, nos hablan de sentimientos figurados. Doña Herminia, abundando en su creencia de que los congéneres alzados desdeñaban a las mujeres con criaturas, nos decía que

parecía que no, no dejaba nada... el cañón, pasaba, y nosotros éramos cuatro señoras que teníamos crías, **ahí estábamos por ahí, como los... como los ratones, ratas por ahí** (risas), metidos e... en los cerros. En los cajones de los cerros, ¡están unos cerros grandes! [y abre sus brazos, como indicando el gran tamaño de los cerros], unas parece que... están como casas, ahí se mete uno sin saber si hay animal o bestia, ahí se mete uno, ahí onde, onde pues, se esconde un, uno de los cañones allá donde cae los cerros,... **parecía que... se iba a quemar el mundo**, de humo, las piedras todo...

¹⁷ Recuperado de http://www.conabio.gob.mx/conocimiento/regionalizacion/doctos/rtp_020.pdf, con acceso el 2 de octubre de 2011.

Las montañas sagradas del Bacatete

Los levantamientos yaquis más significativos anteriores a la gran guerra del Yaqui que nos ocupa fueron la rebelión de 1736-1740, en contra del orden jesuita, y la insurrección de Juan Banderas suscitada apenas unos años después de consumada la Independencia, en 1825 (Spicer, 1994). Es importante subrayar que en ambos movimientos, la sierra del Bacatete fue baluarte de los indios, una parte de su mundo del monte, bien conocido, explorado y usado. Hay registro de bandas de yaquis que en esos años huían a la sierra del Bacatete cuando estaban en pie de guerra (Radding, 1982).

En la crónica del misionero jesuita Andrés Pérez de Ribas, quien fue el primer evangelizador del Yaqui, se narra que los cerros cercanos y lejanos a los pueblos del Río (entre ellos, naturalmente, los del Bacatete), los yaquis “celebraban las fiestas y tratos que tenían con los demonios” (Pérez de Ribas, 1985, p. 163). Esto nos lleva a pensar que desde tiempos inmemoriales los cerros y montañas han estado vinculados con la resistencia indígena, situación que se confirma con el testimonio del yaqui José M.,¹⁸ quien me relató que en los cerros de San Carlos Nuevo Guaymas, existe una cueva llamada El Encanto, a la cual acuden los danzantes Venado y Pascola para pactar con el diablo. Igual sucede con el cerro Samahuaca, ubicado en el Bacatete. La Sierra fue el refugio de los indios que no quisieron abrazar el cristianismo y la imposición del nuevo orden de cosas. Esta situación se puede explicar con la propuesta metodológica de las significaciones imaginario sociales de Cornelius Castoriadis, filósofo griego del siglo xx.

Castoriadis basa sus elucidaciones en los conceptos de “lo determinado” y “lo indeterminado” (Castoriadis, 1986); particularmente para el campo de lo social histórico y en especial para responder a la pregunta formulada párrafos atrás, el concepto de indeterminado es básico, ya que sobrelleva una creación que de alguna manera se determinará a base de aceptación y consenso. Es, sin duda, un acto colectivo, una creación que resulta de una imaginación radical, incesante y que busca instituirse. En esta tesitura, el ámbito de lo simbólico es destacado por Castoriadis como aquél en el que se da la institución. Las instituciones no parten de cero, ya que siempre hay algo previamente constituido en ellas, “lo que está ahí” en términos de la elucidación de Castoriadis (1993, p. 39), pues en las significaciones imaginario sociales lo pretérito se presenta resignificado en lo nuevo.

¹⁸ José M., conversación personal, 2004.

Así, aunque es un punto geográfico y tangible, la sierra del Bacatete como baluarte, refugio y medio de subsistencia es una incorporación histórica.¹⁹ Así pasa con conceptos, leyes, ideas, instituciones y sistemas políticos, los cuales son actualizados en sus significados, lo que resulta en una nueva red de significaciones emanada no de una mente creadora en lo individual sino de un conjunto. Los imaginarios sociales provienen de la creación de una sociedad que instituye y determina.

De esta manera, no fueron los yaquis de tiempos porfiristas o de la revolución los únicos que re-crearon e instituyeron a la sierra del Bacatete como un punto emblemático ligado a la resistencia indígena, sino todos los yaquis, antiguos y coetáneos. Esta institución se explica mejor cuando la concebimos arropada en el sustento divino de todo el territorio yaqui, calidad también re-creada e instituida a través de las significaciones imaginario sociales. ¿Por qué sustento divino? Porque el territorio yaqui pertenece a los yaquis, simple y llanamente porque así lo manda la Ley de Dios, planteamiento acogido del discurso del Antiguo Régimen y enarbolado por los indígenas hasta el día de hoy (Padilla Ramos, 2010).

En conclusión, en las significaciones imaginario sociales de los yaquis de los siglos XIX y XX, el Bacatete ha estado instituido como refugio de guerra, como lo estuvo en tiempos prehispanos y coloniales. Incluso hoy día los *yo'eme* siguen recurriendo a él ante circunstancias que los *yoris*²⁰ desconocemos. Por su generosidad en época de crisis, la Sierra ha sido escaparate de descontento y rebelión indígena, y junto con el río Yaqui y los Ocho pueblos, forma parte indisoluble de la etnicidad *yo'eme*. Cuando la guerra llegó a su clímax de violencia durante el porfiriato y la revolución, la sierra del Bacatete se resignificó, por antonomasia, como la guerra y la revolución misma.

Referencias

Hemerográficas

El Ciudadano

¹⁹ “El simbolismo se agarra de lo natural, y se agarra de lo histórico (de lo que ya estaba ahí); y, por último, participa de lo racional. Todo esto produce una concatenación de significantes, unas relaciones entre significantes y significados, unas conexiones y consecuencias, a las que no se apuntaba, ni estaban previstas” (Castoriadis, 1993, p. 41).

²⁰ *Yori* es la voz yaqui que se refiere a los blancos.

Bibliográficas

- Balbás, M. (1985). Recuerdos del Yaqui. En M. Balbás y F. Hernández, *Crónicas de la Guerra del Yaqui*. Hermosillo: Gobierno del Estado de Sonora.
- Castoriadis, C. (1993). La institución imaginaria de la sociedad. Colombo E., *El imaginario social: Castoriadis, Ansart, Lourau, Pessin, Bertolo*, Montevideo: Editorial Altamira, 27-63.
- Castoriadis, C. (1986). *El campo de lo social histórico*, recuperado de http://biblioteca.itam.mx/estudios/estudio/estudio04/sec_3.html, con acceso el 1 de octubre de 2010.
- Jaime León, J. S. (1998). *Testimonios de una mujer yaqui*. Cajeme, México: CONACULTA/PACMYC.
- Padilla Ramos, R. (2018). *Los partes fragmentados. Narrativas de la guerra y la deportación yaquis*. México: INAH.
- Padilla Ramos, R. (2010). Autonomía y ley de Dios en las significaciones imaginario sociales bajo la jefatura de Juan Banderas. E. Donjuan, D. E. Enríquez, R. Padilla, y Z. Trejo (coords.) *Religión, nación y territorio en los imaginarios sociales de pueblos indígenas de Sonora*. Hermosillo: El Colegio de Sonora/Universidad de Sonora, 173-215.
- Padilla Ramos, R. (2002). "Un Tratado de Tacubaya" y la Comisión de yaquis maderistas en Yucatán. *Temas Antropológicos. Revista científica de investigaciones regionales*. 24 (1) 1, 5-28.
- Padilla Ramos, R. (1999). Mujeres yaquis en las haciendas henequeneras. *Unicornio, Suplemento Cultural de Por Esto!*, diciembre, 9, núm. 499. Mérida.
- Pérez de Ribas, A. (1985). *Páginas para la historia de Sonora. Triunfos de Nuestra Santa Fe*. Tomo II. Hermosillo: Gobierno del Estado de Sonora.
- Radding, C. (1982). Las misiones de Ostimuri y la sublevación indígena de 1740. En *Memoria del VII Simposio de Historia de Sonora*. Hermosillo: UNISON/IUH, 73-109.
- Spicer, E. (1994). *Los yaquis. Historia de una cultura*. México: UNAM .

Páginas web y recursos electrónicos

- Regiones Terrestres Prioritarias de México. Recuperado de http://www.conabio.gob.mx/conocimiento/regionalizacion/doctos/rtp_020.pdf, con acceso el 2 de octubre de 2010.